LOCURAS...

Excelsior, 20 de mayo de 1930[129].

La sonata finó en un golpe rotundo, seco, nervioso. Era como si la mujer, toda diluida al principio en la llorona vaguedad del Nocturno[130], hubiese querido cerrar las puertas del alma con rabia. ¡Claro, sí! ¿Cómo iba a continuar volcando su emoción en el piano ante la indiferencia de este marido que parecía no querer darse cuenta de nada?

—Vicente —le llamó todavía, con una voz que quería romperse en sollozos—, Vicente…

—Sí… — apenas contestó, sin mirarle, el marido.

¿Para qué? Sería la repetición de lo de todos los días. Él, si ella insistía, preguntaría qué le pasaba y ante su silencio melancólico, se sonreiría irónicamente para acabar por llamarle loca. ¡Loca!... ¡Loca!… Si no lo estaría ella realmente, empeñándose en remozar el alma de este marido seriote y grave, siempre metido en negocios y en lecturas, incapaz de comprender que a más de comodidades y lujos, también hay que dar a la mujer esas naderías que, a veces, son todo: una palabra galante, un gesto bello, la oferta sentimental de un piropo…

Acabó por dejar el piano para que no se le notasen las lágrimas. ¡Ella tenía también su orgullo! Sola en su cuarto, frente al jardín cuajado de rosas, podría entregarse a sí propia, entregarse al trágico dolor de no ser comprendida. Así, por lo menos, evitaría el bochorno de la callada burla del marido, mil veces peor que su misma indiferencia.

El marido, entretanto, continuó leyendo. ¡Cuidado que se estaba llenando de crímenes Manila! Toda la primera plana del periódico estaba consagrada a estos relatos. ¡Asaltos, robos, delitos contra la honestidad…! Y,

[129] Transcrito del original que se encuentra en el Museo López.

[130] Uno de los *Nocturnos* del compositor Frédéric Chopin, que aparece en varios de los relatos.

Locuras....

Por Enrique K. Laygo

I

La sonata finó en un golpe rotundo, seco, nervioso. Era como si la mujer, toda diluida al principio en la llorona vaguedad del Nocturno, hubiese querido cerrar las puertas del alma con rabia. ¡Claro, sí! ¿Cómo iba a continuar volcando su emoción en el piano ante la indiferencia de este marido que parecía no querer darse cuenta de nada?

—Vicente—le llamó todavía, con una voz que quería romperse en sollozos—, Vicente...

—Sí...—apenas contestó, sin mirarle, el marido.

¿Para qué? Sería la repetición de lo de todos los días. El, si ella insistía, preguntaría qué le pasaba y ante su silencio melancólico, se sonreiría irónicamente para acabar por llamarle loca. ¡Loca!... ¡Loca!... Si no lo estaría ella realmente, empeñándose en remozar el alma de este marido seriote y grave, siempre metido en negocios y en lecturas, incapaz de comprender que a más de comodidades y lujos, también hay que dar a la mujer esas naderías que, a veces, son todo: una palabra galante, un gesto bello, la oferta sentimental de un piropo...

Acabó por dejar el piano, para que no se le notasen las lágrimas. ¡Ella tenía también su orgullo! Sola en su cuarto, frente al jardín cuajado de rosas, podría entregarse a sí propia, entregarse al trágico dolor de no ser comprendida. Así, por lo menos, evitaría el bochorno de la callada burla del marido, mil veces peor que su misma indiferencia.

El marido, entretanto, continuó leyendo. ¡Cuidado que se estaba llenando de crímenes Manila! Toda la primera plana del periódico estaba consagrada a estos relatos. ¡Asaltos, robos, delitos contra la honestidad!... Y,

—Oye, Josefina...—quiso comentar—ya no hay seguridad en esta ciudad...

Miró, por encima del hombro, hacia el piano. Vacío, huida la romántica de los nocturnos. Se encogió de hombros, indiferentes. Una chiquilla; una soñadora. ¿Cuando se curaría su mujercita de estas debilidades?

II

Frente al jardín cuajado de rosas, Josefina no lloraba. En un supremo esfuerzo de la voluntad, había sabido reprimirse. Pero, sin notarlo casi, había sa tado del dolor de llorar al dolor de pensar.

Ante todo, Vicente. ¿Qué hombre era este hombre, inteligentísimo, triunfador en la vida, bello y fuerte, pero de un romísimo, de un limitadísimo alcance cuando se trataba de hacerla feliz? No era que fuese mal marido, no; había que hacerle justicia. Se desvivía por ella: lujos, comodidades. Tenían una casa magnífica, dos automóviles. Esta misma habitación de ella era

BAYER CAFIASPIRINA BAYER
EL MEJOR REMEDIO PARA LOS DOLORES

Reproducción del original publicado en la revista *Excelsior*, 20 de mayo de 1930, del ejemplar existente en la biblioteca del Museo López, Manila.

—Oye, Josefina… —quiso comentar— ya no hay seguridad en esta ciudad…

Miró, por encima del hombro, hacia el piano. Vacío, huida la romántica de los nocturnos. Se encogió de hombros, indiferente. Una chiquilla; una soñadora. ¿Cuándo se curaría su mujercita de esas debilidades?

Frente al jardín cuajado de rosas, Josefina no lloraba. En un supremo esfuerzo de la voluntad, había sabido reprimirse. Pero, sin notarlo casi, había saltado del dolor de llorar al dolor de pensar.

Ante todo, Vicente. ¿Qué hombre era este hombre, inteligentísimo, triunfador en la vida, bello y fuerte, pero de un romísimo, de un limitadísimo alcance cuando se trataba de hacerla feliz? No era que fuese mal marido, no; había que hacerle justicia. Se desvivía por ella: lujos, comodidades. Tenían una casa magnífica, dos automóviles. Esta misma habitación de ella era la habitación de una princesa. Las cortinas, de encaje; los muebles, de *narra* pulimentada con incrustaciones de nácar; los cuadros, del mismo Amorsolo[131]. Y el tocador, un sueño: los más costosos perfumes, los bibelots más caprichosos.

Pero, todo eso no era Todo. Para eso, cuando se tenía dinero, sólo había que ir al ebanista y al perfumista y estaba todo arreglado. Cualquier ricachón vulgar, con alma de zoquete, podía hacerlo; cualquier comisionista afortunado podía llenar la casa de cosas bellas y caras. Pero lo otro, lo otro…

Pero, y ¿qué era lo otro?

Casi tenía ganas de reír, de tanto penar, la pobre Josefina. Lo otro era lo que ella sentía muy alma dentro; un afán, un ansia, una angustia. ¡Locuras! ¡Locuras, como las llamaba el marido! ¡Locuras divinas y altas de alma que buscaba alma, de afecto que buscaba

[131] Vid. índice de nombres, pág. 278.

afecto, de mujer muy mujer, como era ella, como había sido siempre y como sería hasta el final, aunque hubiese de matarse de dolor ante la incomprensión y la indiferencia de este marido seriote y grave!

—¡Josefina!… ¡Josefina!... —oyó que le llamaban.

Se irguió, noblemente, bravamente. ¡Si no le comprendían, si no alcanzaban a llegar hasta el fondo de su alma refinada y sutil, por lo menos sabría ella llevar el dolor de su fracaso!...

▮▮▮

— ¡Qué barbaridad! —había insistido al fin el marido en comentar aquellas noticias de crímenes—. ¡Qué barbaridad! Anoche casi al atardecer, una banda de ladrones asaltó la casa de un ricachón, en San Juan del Monte[132]. Se trataba de una banda bien organizada, con estatutos y reglamentos. Algo parecida a las de *apaches*[133], en París, o quizá, más exactamente, a las de los *gansters*[134], en Chicago y Nueva York. Y verás: dos se apostaron en la esquina mientras los otros, tres o cuatro, desvalijaban la casa. Al dueño, esta mañana, le encontraron maniatado…

Josefina le oía, sin oírle. Se había replegado en sí misma, en íntima conversación con su propia alma. En un piano invisible, sus dedos finos interpretaban a Chopin. La voz del marido era sólo un ruido; un ruido enojoso e inevitable que no podría ya, sin embargo, pues era tal su firmísima voluntad, llegar hasta ella así viviesen juntos por los siglos de los siglos…

Manila, abril 30, 1930.

[132] Una de las diecisiete ciudades que forman la gran Metro Manila, la más pequeña en extensión. El nombre le fue puesto en honor a San Juan Bautista que es el patrón.

[133] A principios del siglo XX se dieron en París bandas criminales que recibieron este nombre por su crueldad, que en el imaginario europeo se asociaba con los indios nativos de América.

[134] Vocablo que se utiliza en inglés desde finales del siglo XIX para referirse a un miembro de una banda de criminales.